

¿PARA QUÉ SIRVE LA FILOSOFÍA?

Simon BLACKBURN. *Pensar. Una incitación a la filosofía*. Paidós, Barcelona (2001).

[*Think. A compelling Introduction to philosophy*, Oxford, Oxford Univ. Press, 1999]

Hay muchas introducciones a la filosofía. Pero la de Blackburn no es una más. Su tono y su alcance merecen toda nuestra atención. El subtítulo es completamente adecuado. No es un simple repaso temático, ni una panorámica de autores, ni un apresurado desfile de «ismos», sino justamente una incitación a la filosofía. En su momento, la revista *Time* dijo de este libro que «debería ser leído por toda persona inteligente a fin de entender las preguntas clave de la filosofía, e incluso disfrutar con ellas».

Simon Blackburn es un destacado filósofo analítico, profesor de Cambridge. Siempre se ha preocupado por el valor social de la filosofía, y por la necesidad de divulgarlo. Ha escrito obras muy útiles y queridas. De hace ya unas décadas, debe mencionarse su libro *Spreading the Word* (Oxford, Clarendon Press, 1984), una introducción atrevida a la filosofía del lenguaje. Algo posterior es su *Oxford Dictionary of Philosophy* (Oxford, Oxford Univ. Press, 1994), obra básica de consulta continua. Y tres conocidas introducciones a la ética: *Being Good: A Short Introduction to Ethics* (Oxford, Oxford Univ. Press, 2002). Trad. cast. como *Sobre la bondad: una breve introducción a la ética*, Barcelona, Paidós, 2002); *Ethics: A Very Short Introduction* (Oxford, Oxford Univ. Press, 2003); y *Lust: The Seven Deadly Sins* (Oxford, Oxford Univ. Press, 2003). Trad. cast. como *Lujuria*, Barcelona, Paidós, 2005). También deben destacarse sus convincentes defensas, frente al relativismo postmoderno, de la verdad, la objetividad y la racionalidad, contenidas en sus libros *Truth: A Guide* (Oxford, Oxford Univ. Press, 2005) y *Truth: A Guide for the Perplexed* (London, Penguin, 2006). Trad. cast. como *La verdad, guía de perplejos*, Barcelona, Crítica, 2006). Más reciente es la ágil discusión, para todos los públicos, de las veinte preguntas más fundamentales y repetidas de la filosofía, *The Big Questions: Philosophy* (London, Quercus Publishing, 2009); y su comentario a *La República* de Platón, *Plato's*

Republic: A Biography (London, Grove Press, 2008). Trad. cast. como *La historia de la República de Platón*, Madrid, Debate, 2007). Y aún más su vuelta a los temas éticos de interés general con *Mirror, Mirror: The Uses and Abuses of Self-Love* (Princeton, Princeton Univ. Press, 2014).

Es necesario un pequeño recuento como el anterior. Pues, incomprensiblemente, a pesar de lo interesante de su producción filosófica, y de las traducciones disponibles al castellano de muchas de sus obras, Blackburn no es un autor demasiado conocido en España.

El libro que reseñamos se sitúa justo en el cambio de milenio. En el prefacio, Blackburn confiesa abiertamente su propósito: conseguir que la gente se interese por las ideas. «Me he entregado a esta tarea [continúa diciendo, en la p. 4] ante todo como profesor, aunque también me he esforzado por explicar el valor de las humanidades en general, y de la filosofía en particular, a una audiencia más amplia. Sin duda, estoy en deuda [...] con el clima intelectual de nuestra época, cuyo escepticismo hacia el valor de la educación superior hizo evidente para mí lo urgente de la tarea».

Sí, ciertamente. Debe explicarse a una amplia audiencia el valor de las humanidades. En particular, debe transmitirse el valor de la filosofía. Es una tarea urgente. Y no cabe duda que el escepticismo hacia la educación superior sigue afianzándose como un hecho innegable. En nuestro país, también en nuestra comunidad más próxima, esto puede llegar a cobrar sentidos muy concretos. También debe ponerse freno a todo esto.

Pero ¡esperemos un momento! ¿Qué estamos diciendo? ¿Qué sentido puede tener, a estas alturas de la película, en pleno siglo XXI, necesitar defender el valor de las humanidades, y en concreto defender el valor de la filosofía? ¿O es que nuestra queja tan sólo está motivada por la pérdida de privilegios académicos y culturales propios de otras épocas ya pasadas? ¿Es ésta la verdadera explicación, la explicación última, de tanta queja por el maltrato a las humanidades y a la filosofía?

Dejemos estas preguntas en el aire. Y comentemos brevemente el libro de Blackburn. Contiene un prefacio, una introducción, notas y bibliografía. La parte central la ocupan ocho capítulos. Cada uno de ellos aborda un tema



particular, un grupo de inquietudes que llaman poderosamente nuestra atención. El capítulo 1 trata sobre el conocimiento, el capítulo 2 sobre la mente, el 3 sobre la libertad, el 4 sobre el yo, el 5 sobre Dios, el 6 sobre el razonamiento, el 7 sobre el mundo y el 8 sobre lo que cabe hacer. Como puede apreciarse, la mayoría de estos temas tienen que ver con la posición del ser humano en el mundo. Son temas, podemos decir, de antropología filosófica. Y Blackburn entiende la filosofía como una «ingeniería conceptual», cuya misión es elaborar conceptos y explorar posibilidades de comprensión explicativa de nuestra naturaleza. Los diferentes problemas se abordan siempre desde el presente, dando marcha atrás hacia los autores modernos que los tematizaron en términos muy parecidos a los que ahora sirven para expresarlos. Abundan las referencias a Descartes, Locke, Hume, Berkeley, Espinoza y Kant. Y sorprende, por ejemplo, el jugo que es capaz de sacar Blackburn de la obra de Hume *Dialogues Concerning Natural Religion*. Respecto a temas espinosos como el de la libertad, defiende un compatibilismo de tipo humeano. La libertad que realmente nos interesa, sostiene Blackburn, consiste en el correcto funcionamiento y desarrollo de nuestras capacidades, en particular de las capacidades de nuestro cerebro. Respecto a Dios, otro gran tema espinoso, somete a crítica, con gran agudeza, los argumentos actuales, a favor de la existencia de Dios, basados en cosas como el diseño inteligente. Respecto al razonamiento, da un papel fundamental al razonamiento plausible, asumiendo el aparente aire contradictorio de esta idea (que el fundamento pueda ser algo tan sólo plausible).

En sus discusiones, Blackburn siempre llega a situaciones conceptuales muy inestables. Y esto produce muchas veces desasosiego y pesimismo. Pero la filosofía es valiosa en la medida en que ofrece nuevas posibilidades, o reformula de manera novedosa lo que ya tenemos. La filosofía no es, como sostenían Russell o Wittgenstein, y tantos otros, «residuo». No es el conjunto de problemas que van quedando pendientes a medida que la ciencia avanza. La filosofía es fuente genuina de comprensión y explicación. Allí donde la ciencia se queda sin palabras, la filosofía ha de tomar la palabra. Y si se le impide hacerlo, o si olvidamos

hacerlo, nuestra cultura se resiente. Y también el conjunto de la sociedad.

Cabe hacer una comparación obvia entre el libro de Blackburn y el libro de Russell, también en ese momento profesor de Cambridge, *The Problems of Philosophy* (1912). Russell quiso igualmente ofrecer una guía breve y accesible a la filosofía. Pero Russell se centraba en los problemas epistemológicos, confiando en que su discusión tenía abundantes efectos positivos y constructivos. Russell parte de la vieja distinción entre apariencia y realidad. Aunque los autores modernos sean similares a los tratados por Blackburn, Platón y Aristóteles son también protagonistas de primera línea. En su libro, Russell se apoyaba en el contraste, establecido por él en otros trabajos, entre un «conocimiento por descripción» y un imprescindible «conocimiento por familiaridad (*by acquaintance*)». Esto le sirve para rechazar el idealismo, y para justificar tanto la inducción, y con ella el conocimiento empírico, como el conocimiento *a priori* de la lógica y de las matemáticas. El último de los capítulos del libro de Russell versa sobre el valor de la filosofía, que sitúa en plena continuidad con la ciencia. Aunque la filosofía desempeñe una función residual (es algo así como la «barrendera» del conocimiento científico), el tono de Russell es entusiasta. Como hemos indicado, el libro de Blackburn transmite otra concepción de la filosofía. Integrada en el campo general de las humanidades, la filosofía abre puertas (conceptuales). Es fuente de sentido. Ofrece comprensión explicativa allí donde la ciencia se queda sin palabras. Y aunque la justificación de la ciencia, empírica y no empírica, sea un problema importante, no es el único problema importante. Ni el que más nos preocupe en el momento presente.

He de confesar que albergo dudas sobre si la filosofía es parte de las humanidades y, no por ejemplo, una disciplina sumamente básica como las matemáticas. En este caso, si la filosofía fuese una disciplina al menos tan básica como las matemáticas, acaso más, ir contra la filosofía implicaría rechazar desarrollos teóricos desvinculados de la ciencia aplicada y del rendimiento técnico. Pero no podría pretenderse esto. Sin avanzar en el conocimiento básico, la ciencia aplicada y la técnica pronto acabarían convertidas simplemente en artesanía.





Blackburn desarrolla repetidamente la tesis de que la filosofía es algo así como una «ingeniería conceptual». No es una idea nueva. Hablar de ingeniería conceptual realza los aspectos más profesionales de la filosofía. Pero incluye también algún aspecto negativo. Produce el efecto paradójico de que la filosofía deja de tener un lugar claro dentro de las humanidades, o incluso al lado de ellas. Y puede tener un efecto secundario que debe evitarse: poner en un primer plano la habilidad técnica, y la capacidad formal para tejer redes conceptuales, o deshacer embrollos, por encima incluso del valor de los propios contenidos. Hace años, también yo me sentía atraído por la idea de la filosofía como ingeniería conceptual. El análisis conceptual, la propia filosofía analítica, podían fácilmente reinterpretarse desde esta perspectiva. Ahora ya no lo tengo nada claro.

Puede que, en el fondo, la filosofía sea más equiparable al arte que a las humanidades. Y que no sea tan básica como lo son las matemáticas, sino como lo es el arte. Si éste fuera el caso, si la filosofía fuera algo así como una variedad peculiar de «arte conceptual», el valor de la filosofía sería similar al valor del arte. Y más allá del público y del mercado, la voz autorizada de los críticos, una voz interna al propio arte, tendría la última palabra. O al menos una de las últimas palabras. Y desde este punto de vista, las facultades de Filosofía serían tan incuestionables como las facultades de Bellas Artes.

El que la filosofía sea una variedad peculiar de arte conceptual, acaso un arte de dar sentido a través de conceptos y argumentos, tiene consecuencias importantes. Sus abstractas especulaciones pueden llegar a producir aplicaciones prácticas muy directas. De hecho, la ética más teórica tiene aplicaciones cruciales en problemas de toma de decisiones arriesgadas en campos como la medicina. Esto es conocido, pero conviene recordarlo. Algo no tan conocido es que la ontología más abstracta esté teniendo aplicaciones no menos cruciales en el diseño de lenguajes informáticos. Nuestras discusiones ontológicas resultan ser sumamente relevantes a la hora de articular las categorías básicas con las que el lenguaje ha de operar. Estas aplicaciones sorprenderán a cualquiera que se tome la molestia de asomarse a este novedoso campo, conocido como «ontología aplicada» (*Applied*

Ontology), en el que existen revistas especializadas de alto nivel científico, voluminosos manuales en prestigiosas editoriales, etc.

Pero no quiero utilizar ninguno de estos recursos. Dejémoslo estar así. Dejemos a la filosofía con las humanidades. ¿Cómo entender que hayamos llegado a una situación cultural en la que resulte necesario, incluso urgente, defender el valor de las humanidades, y de paso el valor de la filosofía? Las preguntas de antes siguen en pie. ¿Estamos realmente perdiendo algo importante? ¿No estaremos perdiendo, simplemente, viejos privilegios?

¿Cómo mostrar que algo es valioso? Una manera de hacerlo consiste en «argumentar» que de hecho existe el valor pretendido, o que ha de existir, y que tal valor debe reconocerse. Y nuestros argumentos, nuestras cadenas de razones, pueden tener mejor o peor fortuna. Pero hay una forma mucho más directa de «mostrar» que algo es valioso. Se consigue cuando se logra promover su valoración positiva. Y el libro de Blackburn hace precisamente esto.

Para mostrar así que algo es valioso, hay que probarlo. No en el sentido de ofrecer pruebas, argumentos, razones. Hay que probarlo en el sentido de «saborearlo». Las discusiones que Blackburn ofrece de algunos de los problemas filosóficos que él considera más importantes son interesantes, profundas y llenas de sugerencias. Hasta el punto de que no valorarlas positivamente puede llegar a confundirse con un problema agudo de «cretinismo intelectual». Por supuesto, esta afirmación está llena de carga valorativa. Pero es precisamente eso de lo que se trata. Hay muchos textos filosóficos difíciles. Pero otros nos estimulan desde las primeras líneas. Y si a través de ellos no llegamos a ser sensibles al valor de la filosofía, simplemente tenemos un grave problema personal. Como lo tendríamos si no apreciáramos las novelas de Dostoyevski o Stevenson, los cuentos de Chéjov, las tragedias griegas. O la pintura de Goya o Velázquez. O la música de Mozart o Beethoven. O los jardines japoneses.

Claro que se puede vivir sin ver nunca la luz del Sol. Podemos organizar nuestras sociedades en profundas galerías y cuevas. Y podemos suplir con otras cosas los beneficios del Sol. Es más, puede llegar a extenderse socialmente una profunda desconfianza

respecto a los rayos solares. Una moda, o religión, o ideología, puede empeñarse en desacreditar el valor de la vida en la superficie de nuestro planeta. ¿Se estaría perdiendo algo importante? Efectivamente, se puede vivir sin Sol. Pero esta posibilidad no devalúa el vivir en la superficie, a la luz del Sol. Se pueden comparar ambas formas de vida. Y la forma de vida en la superficie es más valiosa que la forma de vida reducida a las galerías y cuevas. Incluso los supuestos habitantes de las galerías y cuevas podrían llegar a valorar positivamente la vida en superficie. ¿Cabe replicar que también los habitantes de la superficie pueden llegar a valorar más la vida subterránea? ¿Son simétricas ambas valoraciones? No lo son. Hay aquí un factor crucial que suele pasarse por alto. Lo hemos mencionado. La desconfianza respecto del Sol, surgida en la forma de vida en superficie, sólo puede ser una especie de moda, o religión, o ideología. Nunca podrá ser una desconfianza, una valoración negativa, «bien fundada».

La diferencia debe ser ya manifiesta. Mientras que la valoración positiva de las humanidades, y la filosofía, puede ser una valoración «bien fundada», la valoración negativa no puede serlo. ¿Es necesario definir con precisión la noción de valoración «bien fundada»? No lo es. Pero tampoco necesitamos definir con precisión nociones como «respeto», «comercio justo» o «duda razonable». Simplemente, hay cosas que claramente no cuentan como «respeto», «comercio justo» o «duda razonable», y otras cosas que sí cuentan claramente (cuentan más allá de toda «duda razonable»). De un modo similar, las discusiones de Blackburn en su libro hacen que esté «bien fundada» una valoración positiva de la filosofía, y en general que esté «bien fundada» una valoración positiva de las humanidades en general. Sólo queda, pues, leerlo.

Manuel Liz

